

Arte y Revolución

China, árbol milenario cuyo tronco aún verdea, parece dispuesta a afrontar las tempestades: sacude sobre el mundo su ramaje gigantesco, y nos arrastra a un ámbito distante de sus miniaturas chinescas, y ese arte de la paciencia que toca los contrafuertes mismos de la eternidad.

El sufriente coloso permaneció echado, alimentándose de su propia grasa, como el oso polar en la magnitud de los inviernos, asimilando sus reservas, gota a gota, lentamente, por los siglos de los siglos. Quién sabe si ahí resida, al menos en parte, la clave de su arte miniaturesco, económico, contenido, formalista, si se quiere, de pathos reprimido, porque la tragedia de la raza, la milenaria secuencia de sus hambres y explotaciones, se volcaron hacia dentro, transformándose en sedimento moral, de condición monolítica, y no se extrovertió en un arte de desenlace espectacular y dramático.

Bastó, sin embargo, un relámpago en las sombras de la historia, —la chispa capaz de incendiar una pradera, en palabras de Mao—, y he ahí que las potencias contenidas comienzan a desencadenarse, con énfasis prístino, agresivo y seguro. El contrapunto con la Unión Soviética —su grande hermana— está demostrando su enorme aliento revolucionario.

rio. No teme los cotejos. Y se permite el lujo metafórico, de intención peyorativa, de calificar al imperialismo —poseedor de la bomba atómica y paseante habitual de los espacios estelares— nada menos que de “Tigre de Papel”, imagen afortunada, de viso fantástico, pero cuya instancia última tiene mucho de real.

No obstante, el coloso, expuesto a la dinámica de las grandes mutaciones, enfrenta la contradicción mostrando flancos y facetas desconcertantes, aún para los que vivimos con el corazón ceñido a su efervescencia, y ningún ángulo más aristoso, contradictorio y complejo que el que se relaciona con el tan controvertido problema del arte.

“Problema con cuernos”, como decía Nietzsche; pero si el problema no tiene cuernos, no vale la pena de ser abordado. Aparte de los filudos pitones que los problemas del arte contemporáneo llevan sobre su testuz, están, además, los cuernos de plástico que le atornillan artificiosamente aquellos que viven a sus expensas. Forman parte de la legión de enturbiadores, de usufructuadores, de tenedores de bonos del arte, que están siempre dispuestos a recoger buenos dividendos. Esto ocurre en nuestro país, y en otros, donde existen algunas sucursales revolucionarias. Por un lado, los enemigos de la revolución ponen sobre el arte socialista la saya parda de los condenados, mientras los “amigos de la revolución”, le aplican cataplasmas y sinapismos para mantener indefinidamente una situación que, precisamente por honradez revoluciona-

ria, debe ser dilucidada. Ambas posiciones resultan falaces y, por interesadas, de un dogmatismo abrumador.

Si no estuviéramos con los pueblos en lucha, y anheláramos su liberación en todas y cada una de sus manifestaciones, si no estuviéramos junto a sus grandes líderes, nos echaríamos como mansos bueyes bajo el sol tibio de la complacencia, haciendo resonar el aplauso generoso e irresponsable. Creemos, sin embargo, que sólo una actitud crítica, ennoblecida por la intención, y no la conducta pusilánime, incondicional y gregaria, podría enriquecer el trayecto de la revolución, pues la revolución, por su misma naturaleza, no puede ser engendrada ni vivir en moldes caducos o muertos.

El arte, en general, ofrece fases quemantes tanto en la Unión Soviética como en la China. No es posible disimular, sin caer en la anestesia de nuestras mínimas facultades, —y esto en primerísimo plano— la falta de concordancia entre las consignas de que se hacen depositarios al escritor, al artista, y su carencia de medios expresivos para convertirlas en obra valedera frente al tiempo. Es necesario tener el coraje de preguntarse cuál es la razón. ¿Qué factor triturador y poderoso hace imposible el florecimiento de la obra de arte, en el legítimo plano de la creación, en países donde las actividades del espíritu debieran objetivarse con genuina prodigalidad?

No hay sino una respuesta: las directivas del arte son impartidas por políticos, **con criterio político** y no estético; peor aún, **con fi-**

nalidad política, no estética. El arte arranca así de un punto muerto, extraño a su naturaleza y su destino, pues, aunque el arte en su entraña es político, expresa esta instancia dentro del mecanismo ineluctable del lenguaje estético. De lo contrario, no hay obra de arte.

En su afán de contemporizar, en algunos casos, y de servir lealmente a la revolución, en otros, el creador de formas comienza a girar alrededor de una noria cuya profundidad intuye. Decide entonces entregarse sin reservas a un esquema cerrado a sus posibilidades, o pegarse un tiro como Maiakovsky. Por ello es que, cuando vislumbran una abertura, un resquicio favorable, como ocurrió recientemente en la Unión Soviética, los artistas y escritores, y hasta el público, se salen de madre, disparándose al encuentro de una expresión que les había sido vedada, y que, no obstante, identifican como suya. Las necesidades del espíritu, nacidas de una sociedad evolucionada, no pueden postergarse indefinidamente sin que debamos atenernos a las consecuencias. Kruschév, el preclaro conductor político de la U.R.S.S., comete precisamente un error político, al calificar ligeramente a los intelectuales y artistas "rebeldes" de anticomunistas que amenazan con minar el régimen. ¿Tan débil es la revolución socialista, en el país socialista más poderoso del mundo, como para que unos cuantos intelectuales y artistas pongan en peligro las conquistas de la revolución proletaria? ¿O es tan grande el poder del arte que puede de-

ribar toda una inquebrantable estructura económica y política? Si así fuere, los escritores y artistas serían verdaderos gigantes.

Los que creemos fervorosamente, denodadamente en el socialismo, no podemos aceptarlo, y menos creerlo, máxime que los artistas no atacan al socialismo, y sólo pretendieron utilizar aquellos recursos que los dirigentes políticos se niegan a entregar. Su actitud surge, no como protesta, sino más bien como necesidad, como angustiado deseo. Resulta a todas luces sugestivo que artistas que nacieron con la revolución, se criaron en la revolución, y se amamantaron en sus pechos generosos, tengan necesidad precisamente de "otras" formas expresivas para cumplir con su mandato artístico. ¿No será más justo, más cuerdo, pensar que fueron coartadas sus posibilidades en grado que lesionó el nervio mismo de su tarea específica? Los chinos, a su vez, según expresiones de Chou Yang, condenan a quienes denominándose marxistas sienten "una veneración ciega por la literatura y arte del pasado, especialmente por la literatura y el arte burgueses de Europa del siglo XIX". ¿Qué nos sugiere esto? ¿O es que el arte no ha pasado todavía del "reino de la necesidad" al "reino de la libertad" como ha ocurrido con otras cosas?

¿Será menester recordar las palabras de Lenin...? "Es necesario tomar toda la cultura que el capitalismo ha dejado y construir con ella el socialismo. Es necesario tomar toda la ciencia, la técnica, todos los conocimientos, el arte. Sin esto no podemos construir la vida de la sociedad comunista. Y esta ciencia, es-

ta técnica, este arte, están en las manos y en los cerebros de los especialistas". ("Los éxitos y las dificultades del poder de los Soviets").

Es indiscutible: aunque cortemos el cordón umbilical que nos une al pasado, no podremos borrar por decreto siglos de influencia cultural. ¡Todo es tan irremediabilmente claro! Entreguemos a los especialistas, como dice Lenin, los asuntos del arte, a aquellos que estén realmente a la altura de su cometido. con todo el conocimiento, la ductilidad, el adoctrinamiento que requiere tan vasta y trascendental materia, que toca las entrañas mismas del hombre.

Se quiere enseñar al arte a ser revolucionario. Sin embargo, jamás el arte fue un invitado a la mesa de la revolución. Estuvo ahí, siempre, por derecho propio, y fue a menudo una carga explosiva en el corazón de las clases reaccionarias. Al adelantarse el arte a su época, al ser el artista un "incomprendido", un rechazado por su tiempo, no hace sino confirmar su condición intrínsecamente revolucionaria. Estamos ciertos, pues, que al sobrevenir la revolución en los países socialistas, el artista no se quedó rezagado. Conviene repetirlo: no existe concordancia entre el criterio **estético** de los dirigentes políticos, y las posibilidades expresivas de los trabajadores del arte, en esta hora del mundo. Eso es todo.

No existe razón para suponer que los artistas y escritores (aun Balzac, siendo monarquista), que estuvieron ayer en la avanzada social, no habrían de retoñar en la nue-

va sociedad socialista. ¿O es que la burguesía tuvo mayor poder de saturación, de influencia, una mayor fuerza determinante sobre sus escritores y artistas que los países revolucionarios sobre los suyos? Tenemos la certeza de que no es así. Y no puede serlo, porque los países socialistas han ingresado al plano de la cultura mayoritaria, y porque la revolución del proletariado alcanza un ritmo, una profundidad, y una transformación de fuerzas vivas sin precedentes en la historia. Conservamos la impresión, bastante penosa, que continúa vigente la vieja desconfianza de los políticos hacia los intelectuales y artistas, olvidando que más que nunca el intelectual de nuestro tiempo es un político. En la Unión Soviética como en la China, la tradición staliniana de la ingerencia política en los problemas relativos al arte sigue viva, aunque la segunda concreta esfuerzos teóricos —que analizaremos en una próxima tentativa— dignos de ser considerados. Resultan sugestivos a pesar de sus numerosos errores. Casi parecería un esfuerzo por superar el pedestrismo que la intervención, con criterio puramente político, ha impuesto al arte socialista. Golpea, eso sí, en forma obcecante, la imposición de un arte proletario, cuya camino último resulta estrecho y paralizador.

“Nuestros primeros cinco años —dice Lenin— nos han llenado de una dosis bastante fuerte de desconfianza y de escepticismo. Estamos involuntariamente inclinados a adoptar esta actitud con respecto a aquellos que peyoran demasiado y demasiado a la ligera, por

ejemplo, sobre la **cultura proletaria**; nos bastaría para comenzar, con prescindir de los tipos particularmente pronunciados de culturas preburguesas, es decir, de la cultura burocrática o feudal, etc. En las cuestiones de la cultura, la prisa y los planes demasiado vastos son lo más perjudicial de todo. Harían bien de no olvidar esto jamás, muchos de nuestros jóvenes literatos y de nuestros comunistas'. ("Es preferible menos, pero mejor").

Creemos que cualquier actitud contraria constituye un atentado contra la más elemental dialéctica. Lo están probando los hechos. Hagamos la revolución, pero sin asesinar el arte, sin convertir al artista en el trasero del fraile, que recibe siempre los chicotazos, pues ellos constituyen el documento más vivo de la realidad de una época. Dejemos que la expresen.

Si existe una realidad socialista —y existe—, si los escritores están incorporados, como individuos, a la dinámica revolucionaria, y el sentido de su lucha es el mismo del pueblo; si no llevan puesta la túnica del traïdor, y son artistas de verdad y no lúgubres pastichistas; si absorben por todos los poros la realidad de un nuevo y superior estado social, el artista, el escritor, no pueden escribir, ni expresar, **aunque lo quisieran**, nada que no sea un arte engranado a esa realidad social. Lo entiende hasta Perogrullo, y es ley histórica incontrovertible. Entonces, ¿qué sentido tiene empujar al intelectual al brete de situaciones por humillantes, absurdas? Nada

que no nazca en forma espontánea (entendemos lo espontáneo como expresión histórica), como reacción del individuo artista frente al mundo, podrá sobrevivir como obra de belleza, viva e inolvidable. El resto, es mentira.

Ahora bien: se dirá que existe la necesidad de "llegar" al pueblo, de apoyar en lenguaje directo las realizaciones del socialismo. Personalmente creemos que el pueblo no está compuesto de retrasados mentales e idiotas. Por el contrario: tenemos la certeza de que todo arte verdaderamente grande tiene su raíz en el pueblo, y nuestro deber es elevar al pueblo hasta entroncarlo con su origen, ampliando su visión cultural y expresando sus intuiciones. Marx afirmaba que al pueblo no bastaba con entregarle lo bueno, sino lo mejor. Desgraciadamente, el camino hacia lo mejor está obturado, y es nuestro deber de escritores decirlo, aunque algún dogmático marrullero quiera ponernos en la picota y aplicarnos apelativos fáciles de escribir, pero muy difíciles de probar. Son los grandes carajos, disfrazados de apóstoles de la revolución, cuyos símbolos son dos anteojeras y un enorme velón que dé testimonio de su santidad revolucionaria.

Estamos de acuerdo: existe una obligación irrenunciable en todo escritor, artista e intelectual para con la revolución. Quien no lo entienda así sólo será escobajo en la historia del mundo. Pero hay cien maneras de enfrentar ese aporte, sin destrozar al artista en el piñón de las decisiones extraliterarias. La

charla, el ensayo, la conferencia, el artículo periodístico, la acción personal, el foro público, son algunas de las múltiples formas en que el intelectual y el artista pueden servir poderosamente a la revolución. Pero que dejen el camino de la creación expedito. Limpio. Pretender levantar con una carretada de adobes un edificio indestructible, nos parece empresa sobrehumana, y un tanto sobrecogedora.

Sólo entonces nos sorprenderemos del potencial revolucionario, del enorme potencial revolucionario escondido en la obra de arte, nacida de la profunda verdad del individuo, acuñado en el troquel de un grandioso mundo en desarrollo.

Si no se entiende el problema como un proceso, que no puede apresurarse a latigazos, por la lentitud característica de las formas superestructurales, se está cometiendo voluntaria o involuntariamente, una forma de genocidio intelectual. El artista, querámoslo o no, es un ejemplar irreemplazable, único, en su expresión individual, pésele a quien le pesare.

De no haber existido Shakespeare, nadie hubiera reemplazado a Shakespeare. No ocurre lo que en la ciencia, donde siempre es posible la reposición del individuo.

Ojalá la sombra de Lenin arroje su haz de luz en el camino de los grandes dirigentes del socialismo: **"ES NECESARIO TENERLO PRESENTE CUANDO HABLAMOS, POR EJEMPLO, DE CULTURA PROLETARIA. SIN LA CLARA COMPRENSION DEL HECHO DE QUE NO**